

## PRESENTE Y GENEALOGÍA DEL PRESENTE

### Una aproximación no evolucionista al cambio social

Robert CASTEL

Michel Foucault, en una entrevista realizada por el *Magazine litteraire* que se publicó en 1984, el año en el que se produjo su muerte, declaraba: *Yo parto de un problema en los términos en los que se plantea actualmente, e intento hacer su genealogía. Genealogía quiere decir que analizo el problema a partir de una situación presente* (1). En *Vigilar y castigar*, refiriéndose a la prisión, se refiere de nuevo a *hacer la historia del presente* (2). ¿Qué significa *hacer la historia del presente*, *hacer la genealogía del presente*? ¿Cuáles son las exigencias, los riesgos y los peligros que se derivan de esta intención? ¿En qué difiere la genealogía de los análisis que realizan los historiadores? ¿Cuáles son las condiciones que la hacen compatible y “conformable” con la lectura común que hacen los historiadores de la historia? Me gustaría proponer, a partir de estas cuestiones, algunas reflexiones que se apoyen en los trabajos de Michel Foucault, puesto que fue él quien desarrolló esta propuesta de una manera magistral. Sin embargo, más allá de la exégesis de los textos de Foucault, se encuentra el problema de la ejemplificación de una posición más general que podrían adoptar los no historiadores en relación con los materiales históricos. Y así, filósofos o sociólogos piensan que recurrir a la historia no sólo es útil, en la medida en que la historia proporciona una especie de contexto, sino también esencial para comprender el presente. El presente no es únicamente lo contemporáneo, el presente es un efecto heredado, es el resultado de toda una serie de transformaciones que es preciso reconstruir para poder captar lo que hay de inédito en la actualidad. Es esta una postura que comparto totalmente, y no me plantea ningún problema aceptarla como algo que forma parte de la ortodoxia foucaultiana. No voy a entrar en las utilidades de la noción de *genealogía*, tal y como la entiende Foucault, pues la finalidad de este libro colectivo no sólo es reconocer lo que en justicia debemos a Michel Foucault, sino también discutir en torno a la relación a la historia, es decir, una relación con nuestra propia memoria, algo que es una postura más general. Es esta una posición epistemológica de base que podría ser interesante confrontarla con la que defienden los historiadores, si es que se puede hablar de *los historiadores*, como si tratase de un colectivo homogéneo. Así pues ¿qué es lo que Michel Foucault entiende por historia, o por genealogía del presente? Y, al margen de esta cuestión, ¿existe la posibilidad de realizar una historia del presente en la actualidad, una historia de los problemas que se han sucedido desde la época en la que Michel Foucault escribía la *Historia de la locura* o *Vigilar y castigar*?

Empecemos por el primer punto: ¿Qué quiere decir “problematización”, la expresión que Michel Foucault acuñó para designar *un problema en los términos en los que se plantea actualmente*? Foucault siempre partió de lo que se podría denominar una configuración problemática contemporánea. En la *Historia de la locura* partió del discurso dominante sobre la locura, y del tratamiento dominante de la locura, tal y como ambos, discursos y tratamientos fueron monopolizados por los psiquiatras. A ello se refirió más tarde, en una entrevista con Alejandro Fontana, cuando adoptó una posición que suponía una interpretación, o una reinterpretación de las intenciones que tenía cuando estaba escribiendo la *Historia de la locura*. En la entrevista se preguntaba si *en el caso de una ciencia tan equívoca como la psiquiatría, no se podría captar de forma precisa el entrelazamiento existente entre los efectos de saber y de poder* (3). Lo mismo ocurrió con los análisis de

*Vigilar y castigar* que surgieron en buena medida a partir de la experiencia militante de los años posteriores a 1968, y que se enfrentaban a la irracionalidad de las prácticas carcelarias. En este caso, escribía, que se trataba de *una tentativa para comprender el actual complejo científico-jurídico en el que el poder de castigar encuentra sus bases, recibe sus justificaciones y reglas, extiende sus efectos y enmascara su exorbitante singularidad* (4). Por lo que se refiere a la *Voluntad de saber* Foucault partía de una sorpresa ante ese enorme parloteo contemporáneo sobre el sexo, algo que no tenía precedentes históricos. Para Foucault se trataba de un fenómeno profundamente original y sorprendente que era preciso explicar dando un rodeo histórico.

Las obras de Michel Foucault que analizaban lo que él denominó un "espacio de objetos", de positividades, complejos de prácticas discursivas y no discursivas, tales como la prisión, la psiquiatría, el dispositivo de sexualidad..., partían por tanto en buena medida de cuestiones contemporáneas y de una sorpresa ante ajustes que parecían algo natural pero que no lo eran. Por ejemplo, parece algo natural que la finalidad de la psiquiatría sea curar a los enfermos mentales, la de la prisión castigar los delitos y corregir a sus autores... Puede parecer que la sexualidad -según dijo Freud- esté colocada bajo el régimen del rechazo y de la represión... Pero, la genialidad de Foucault consistió en sacudir estas aparentes certezas y mostrar que la realidad es contradictoria y aporética. Y Foucault se sirvió como método para desenmascarar estas aporías del recurso a la historia, por lo que puso así de relieve la "*exorbitante singularidad del presente*" (5). Recurrió a la historia para desvelar la singularidad de los ordenamientos habituales, pero esta historia no es una historia cualquiera, sino un tipo especial de historia. Existen al menos dos tipos de historia. Una es la historia de lo continuo que describe los desarrollos -por ejemplo, una historia de la psiquiatría-, así como las etapas de una disciplina a partir de la madurez científica y de la eficacia práctica. Este tipo de historia, aunque a veces tiene en cuenta los obstáculos, los periodos de estancamiento y de regresión, considera el presente a la vez como un final y como una etapa de un recorrido. Por el contrario la historia, según Michel Foucault, se compone de discontinuidades y rupturas, y el presente es portador de los trazos y las heridas. Así, el dispositivo moderno de la psiquiatría es heredero de muy antiguas prácticas segregativas que no son únicamente supervivencias. Este dispositivo reproduce una división que se ha realizado hace ya mucho tiempo entre locura y razón, aunque la medicina mental se haya abierto en los últimos tiempos. Pero, incluso si la psiquiatría en sus formas contemporáneas pretende ser comunitaria o sectorizada continúa no obstante encerrando a la locura en una concepción positivista de la desviación, en un monólogo de la razón sobre la locura que excluye todavía hoy aquello que la experiencia de la locura implica de irreductible en relación a la razón. Del mismo modo, la prisión se ha humanizado, se han abolido los suplicios, se han racionalizado las sanciones, e incluso en la actualidad existen programas de reinserción, pero al mismo tiempo la prisión continúa reproduciendo la descalificación del delincuente. Por último el presente continúa siendo algo enigmático, y los progresos innegables acumulados por la historia no ha eliminado la irracionalidad que puede a veces resultar escandalosa, una irracionalidad que continúa poblando aún nuestra cotidianidad presente.

Si se acepta que es necesario realizar este otro tipo de historia, esta historia del presente, ¿cómo hacerla? ¿En qué se diferencia de la historia de los historiadores? A esta pregunta Michel Foucault ha proporcionado algunos elementos de respuesta, en particular en el debate que ha mantenido con los historiadores, recogido por ejemplo en *La imposible prisión*, un libro que Michelle Perrot coordinó y editó. Foucault señala en esta obra lo

siguiente: *Quien quiera analizar un problema que ha aparecido en un momento dado debe seguir otras reglas que las que siguen los historiadores. La primera regla consiste en un tratamiento exhaustivo de todo el material, y la segunda en establecer un examen cronológico ajustado.* Y más adelante continúa diciendo: *Quien quiera llevar a cabo la historia del presente debe seguir además otras reglas: la elección de los materiales en función de los datos del problema; la focalización del análisis sobre los elementos susceptibles de resolverlo; el establecimiento de relaciones que conduzcan a esta solución.* Y añade con desenvoltura: *Indiferencia frente a la obligación de explicarlo todo, incluso para satisfacer a un tribunal de especialistas competentes reunidos.* Si califico esta afirmación de desenvuelta se debe a que la aproximación que propone Foucault con tal seguridad presenta, pese a todo, dificultades enormes. Sin duda no se trata de explicarlo todo, si por explicarlo todo entendemos una exigencia propia de la metodología histórica, se trata sobre todo de elegir bien. El problema de llevar a cabo una historia del presente consiste precisamente en que hay que elegir. Existen dos dificultades enormes en la aproximación genealógica. La primera consiste en elegir cuando comienza el problema que se quiere resolver, porque un problema del que queremos hacer su genealogía no es eterno. En el texto que he citado antes Foucault decía: *Quien quiera analizar un problema aparecido en un momento determinado* está obligado a enfrentarse a un problema de datación, al problema de fijar un comienzo. En *La voluntad de saber* Michel Foucault data la aparición de una *scientia sexualis* en el siglo XIII, a partir de la obligación de la confesión en el sacramento de la penitencia, tal y como este sacramento ha sido reglamentado por el Concilio de Letrán en 1215. A partir de este momento el ser humano comienza a convertirse en un “animad de confesión”, por servirnos de la enérgica expresión que utiliza Michel Foucault (7). La confesión va a ocupar un lugar central en un cierto número de campos: la justicia, la medicina, la pedagogía, las relaciones familiares, las relaciones amorosas... La confesión va a proliferar en las mas inesperadas direcciones a partir de esta base sostenida de la pastoral cristiana y del sacramento de la penitencia. Esta cuestión de la datación, del comienzo, es de una gran dificultad porque la emergencia de la confesión, que le parece esencial a Foucault, no constituía necesariamente un problema de una gran importancia para los contemporáneos. El hecho de que Foucault se interesase por ella, y se dirigiese a su pasado para encontrar los trazos de un comienzos, se debía a la importancia que había adquirido en la actualidad. Es esa importancia actual la que conduce al análisis del pasado. El problema del comienzo es tan difícil que se puede decir que hay cuestiones que tuvieron una gran importancia en el pasado pero que ya no son configuraciones problemáticas en el presente. Ha habido, por ejemplo, un enorme debate acerca de si la tierra ocupaba el centro del universo o, si por el contrario, era un satélite del sol. Se han producido en torno a este problema debates teológicos, filosóficos y morales en tiempos de Copérnico y de Galileo. Pero esta cuestión ha dejado ya de apasionar, puesto que la revolución copernicana ha sido aceptada por todo el mundo, e incluso, tras algunos siglos, por el propio Papa. En consecuencia, ha dejado de ser un problema, se ha aceptado que Galileo tenía razón. A la inversa, es la realidad de una cuestión de actualidad lo que nos obliga a reconstruir su pasado, aunque ello no reenvía a la importancia que tuvo el pasado. Esto es algo que los historiadores podrían dilucidar. Se produce por tanto el riesgo de reconstruir el pasado a la luz del presente, y de reescribir la historia a partir de las preocupaciones actuales. ¿Cómo evitar, por tanto, el revisionismo que sin duda alguna constituye una de las peores perversiones de aproximarse a la historia?

La construcción de una problematización plantea además una segunda dificultad tan

considerable como la primera. Una problematización comienza a gestarse a partir de un momento histórico determinado, y se despliega, pero no se repite, sino que se transforma. ¿Cómo periodizar estas transformaciones, cómo marcar sus principales etapas en el interior de un recorrido que no es lineal?

Dicho de otro modo, ¿cómo evitar la oscilación entre una celebración ingenua del presente (el presente es el resultado del progreso de la historia) y la actitud inversa, pero homóloga, según la cual la historia siempre se repite de modo que no existe nada nuevo bajo el sol? ¿Cómo pensar el cambio a partir de una visión no evolucionista?

Nos encontramos por tanto ante un problema que va más allá de la exégesis de Foucault, ya que implica, como ya señalé al comienzo, la relación a la historia de todos aquellos que, a pesar de no ser historiadores, hacen de la historia una matriz esencial para entender el presente. Este enfoque supone un modo de hacer sociología e incluso, a mi parecer, la forma privilegiada de hacer sociología. Sin duda la sociología se ocupa por principio del presente, intenta comprender configuraciones problemáticas actuales. Pero el presente no es únicamente lo contemporáneo, es preciso hacer una historia del presente, es decir, reactivar las inercias que perviven del pasado en el presente. Es preciso por tanto hacer algo así como una genealogía del presente, o una problematización histórica de las cuestiones actuales.

¿Qué precio hay que pagar por todo ello? Me voy a permitir ilustrar a la vez los riesgos y las exigencias de esta aproximación de inspiración foucaultiana sirviéndome de un problema que Foucault no trató, y no lo trató entre otras cosas porque era un problema que tan sólo estaba surgiendo cuando Foucault dejó de escribir. Veamos por tanto el caso, como diría Foucault, de *un problema en los términos en los que se plantea actualmente*, la existencia cada vez más insistente en nuestros días de un nuevo perfil de población, representado, por ejemplo, por los parados de larga duración, o por los jóvenes que son incapaces de entrar en el mercado de trabajo. Todos ellos se encuentran en una posición de inutilidad social, pues, dadas las transformaciones tecnológicas y económicas actuales, no encuentran el lugar asignado en la división del trabajo. En torno a situaciones de este tipo se construyó, desde hace algunos años, la temática -por otra parte discutible- de la exclusión social.

La cuestión planteada de esta forma es reciente, pues no se abordaba durante el periodo de crecimiento económico y de casi pleno empleo que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Y sin embargo esta cuestión no ha caído llovida del cielo, sino que tiene una historia, una historia que reenvía de forma privilegiada a las transformaciones que han sufrido las relaciones de trabajo. Han existido sin duda en otros tiempos posiciones homólogas de inutilidad social. Y así esos “inútiles del mundo”, representados por los vagabundos de la sociedad preindustrial, separados a la vez del orden del trabajo y de la inscripción en las redes comunes de sociabilidad, se vieron por ello estigmatizados y reprimidos. ¿Los “inútiles del mundo” de hoy se inscriben en la misma problematización que los vagabundos de otros tiempos? ¿La comparación de estas dos situaciones puede aclarar la situación de los supernumerarios de hoy? A mi juicio, retomar los materiales históricos puede aportar una respuesta a estas dos cuestiones, pero siempre que se cumplan determinadas condiciones.

Por una parte la historia muestra que el comienzo de esta problematización de las relaciones de trabajo surgió a mediados del siglo XIV. Fue entonces -cuando la disolución de la sociedad feudal comenzó a expulsar de las estructuras tradicionales a individuos desde entonces condenados a vagabundear- cuando aparecieron estas poblaciones flotantes que ya

no encontraban espacio en los marcos fijados por la división del trabajo. Y es que en torno a los años 1350, vemos como se multiplicaron, en la mayor parte de la Europa “desarrollada” de la época, todo un conjunto sistemático de medidas destinadas a reprimir a los vagabundos y a fijar a las poblaciones móviles en los marcos tradiciones de la división del trabajo.

Este es muy someramente el esbozo del surgimiento de la problematización o, al menos, el momento en el que se hace visible a partir del material histórico disponible. Abordemos ahora su periodización. Esta secuencia se prolonga hasta finales del Antiguo Régimen, en la medida en que el carácter rígido de la organización del trabajo, dominada por el trabajo reglamentado y por el trabajo forzoso, bloqueaba la apertura a un mercado libre del trabajo. De ahí el empuje cada vez más insistente para abrir ese mercado. La consigna del *libre acceso al trabajo* triunfará, como ya sabemos, a finales del siglo XVIII, cuando se produjo la doble revolución política e industrial. Para los liberales de la época suponía la solución de un problema del cual los vagabundos constituían el síntoma. La contractualización de las relaciones de trabajo, al abolir los privilegios y las coacciones de la organización anterior, debería permitir la reintegración en el mercado del empleo de todos aquellos que hasta entonces estaban excluidos de él.

Sabemos que esa solución no tuvo esos resultados, y que esta contractualización de las relaciones de trabajo dio lugar en la primera mitad del siglo XIX a una nueva forma de anomia social descrita por los observadores sociales de la época con el nombre de *pauperismo*. Se produjo así una bifurcación esencial de esta problematización. Previamente a la contractualización de las relaciones de trabajo era el exceso de regulaciones rígidas del código del trabajo de las corporaciones y gremios lo que era disfuncional. Tras la contractualización, por el contrario, fue la ausencia de regulaciones colectivas del mercado de trabajo lo que creó una miseria y una desocialización masivas. Fue preciso más de un siglo de historia social para que las nuevas regulaciones se impusiesen dotando al trabajo de un nuevo estatuto social (derecho al trabajo y protección social). Pudo de este modo finalizar un segundo episodio de la misma problematización cuando, en la sociedad salarial que se desarrolló tras la Segunda Guerra Mundial, las masas miserables de comienzos de la industrialización que, como decía Augusto Comte, “campaban en la sociedad occidental sin encontrar en ella un lugar” se encontraron repatriadas e integradas bajo la forma de asalariados protegidos.

Se produjo una nueva bifurcación de la misma problematización con la presencia de grupos que ocupan de nuevo hoy la posición de “inútiles del mundo”. Pero esta producción de excluidos se debe a la vez, a la inversa que en el periodo industrial, a un nuevo régimen de desregulaciones de la organización del trabajo. De hecho la remercantilización de las relaciones de trabajo relanzada desde hace una veintena de años ha debilitado las regulaciones colectivas del trabajo asalariado y ha invalidado a una parte de la población activa.

Se comprende así que los supernumerarios de hoy día ocupen una posición homóloga a la de los vagabundos de tiempos anteriores, pues tanto los unos como los otros, se encuentran expulsados de los circuitos de intercambios productivos, o son incapaces de inscribirse en ellos. Pertenecen por tanto a la misma problematización de una relación imposible al empleo que reenvía al análisis de las formas dominantes de organización del trabajo. Pero la historia que los enlaza no se construye a través de un continuo, sino que pasa por momentos de completa recomposición y adopta direcciones imprevistas, como sucede con el paso del siglo XVIII al siglo XIX cuando se pasa de un régimen de trabajo dominado por

las tutelas tradicionales a un orden contractual del trabajo. El desafío de la problematización consiste en tratar de mostrar que se trata de bifurcaciones de una misma trayectoria o de metamorfosis de una misma cuestión, en nuestro caso de los avatares de la integración a través del trabajo y de sus efectos destructores sobre la cohesión social. Historia del presente, por tanto, ya que es la comprobación de que en la actualidad están presentes individuos en estado de flotación en la estructura social, lo que ha servido para intentar reconstruir, remontando la historia, los diferentes estados de esta cuestión. Esto implica reconstruir los principales episodios de las transformaciones del sistema de las relaciones de trabajo, considerado no tanto como un factor de producción, cuanto como la matriz esencial de la integración, o, por el contrario, cuando falla, de la exclusión social.

Voy a concluir con el deseo de que esta tentativa para ilustrar lo que se puede entender por *problematización* o por *genealogía del presente* no haya sido en vano en razón del carácter muy esquemático que me he visto obligado a adoptar (9). Mi preocupación era también ilustrar los riesgos y peligros de este tipo de aproximación. Espero que se haya comprendido que esta manera de remontarse al pasado, a partir de una cuestión construida en el presente, implica toda una serie de trampas. ¿Cómo evitar reescribir la historia, es decir, reinterpretar el pasado en función de los intereses del presente?

Para evitar esto existe a mi juicio una regla deontológica que es simple en su exposición, pero que puede llegar a resultar de difícil aplicación. Una construcción genealógica debe basarse en un respeto absoluto a los materiales históricos tal y como estos han sido elaborados por los historiadores. En este sentido la elaboración puede ser refutada por el conocimiento histórico, ya que no está claro en nombre de qué legitimidad un no historiador podría pretender decir algo más sobre el pasado de lo que dicen los historiadores, pues por lo general sabe menos de ellos. Por el contrario, el sociólogo puede tomarse la libertad de reorganizar el material histórico en función de la batería de cuestiones actuales que plantea al pasado. De este modo construye una narración distinta con los mismos materiales. En la problematización que he esbozado sobre los cambios de la organización del trabajo son las categorías sociológicas de *integración*, *vulnerabilidad social*, *precariedad*, *anomia*, etc. las que sirven para interrogar las configuraciones históricas sucesivas de las relaciones del hombre al trabajo. Me he preguntado en cada momento qué condiciones, en qué medida y con qué coste se realiza, o falta, o se pierde la integración social por el trabajo. Los historiadores, por regla general, no plantean este tipo de cuestiones a la historia, y no analizan las transformaciones que tienen lugar a largo plazo. Esto no se debe a que sean incapaces de hacerlo, sino más bien a que sus objetivos son otros, y a que es otra la relación que mantienen con la historia en razón de la metodología histórica de la que se sirven. Pero ello no quiere decir que no se conviertan en jueces de la pertinencia con la que la historia es utilizada en la elaboración de la construcción genealógica. Y tienen perfecto derecho a denunciar los despistes o errores que una construcción de este tipo corre el riesgo siempre de cometer. Aceptar el desafío de construir una problematización significa por tanto abrir el espacio de un debate entre historiadores y no historiadores. Esto supone proponer al historiador una mirada un poco desplazada sobre el pasado, una mirada que consciente y sistemáticamente es construida a partir del presente, que sin duda no tiene por qué asustarlo siempre y cuando conserve las claves para juzgar si esa narración se puede hacer con los materiales que él mismo puede producir. Esta es la hipótesis que me ha parecido pertinente someter a discusión en el marco de una reflexión consagrada a la relación de Michel Foucault con la historia, pues sus obras se basan en una interpretación de la historia sin que él haya pretendido nunca

convertirse en historiador.

(Traducción del francés: Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría).

## NOTAS

\*Texto publicado en la obra colectiva *Au risque de Foucault*, Editions du Centre Pompidou, Paris, 2007, pp. 161-168).

(1) Michel FOUCAULT, “Le souci de vérité”, entrevista con François EWALD, *Le Magazine Littéraire*, 207, 1984.

(2) Michel FOUCAULT, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975, p. 35. (traducción en Siglo XXI)

(3) Michel FOUCAULT, Verité et pouvoir, Entrevista con Alexandre Fontana, *L’ARC*, 70, p. 16.

(4) Michel FOUCAULT, *Surveiller et punir*, op. c. p. 27.

(5) Ibidem

(6) Michelle PERROT (ED.), *L’Impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIX siècle*, Paris, Senil, 1980, p. 32. (traducción en Anagrama)

(7) Michel FOUCAULT, *Histoire de la sexualité. I. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 1976, p. 30. (Traducción en Siglo XXI).

(8) Auguste COMTE, *Système de politique positive*, Paris, 1929, p. 4011.

(9) He desarrollado más sistemáticamente esta argumentación en mi libro. Cf. Robert CASTEL, *Les métamorphoses de la question social. Une chronique du salariat*, Paris, Fayard, 1995. (traducción en Paidós).